

esplendor del segundo imperio francés y de la Viena decimonónica.

Pero la prosa de Dulce María Loynaz, íntima y delicada, no se limita a relatarnos las vicisitudes y logros de un hombre singular sino que agrupa en torno suyo la historia de su ámbito y de su época, de esa dorada Habana de los años 20 en la que las mansiones del Vedado con sus jardines umbrosos y sus grandes recintos de mármoles y fuentes organizaban bailes en los que se colocaban mesas para mil invitados y mujeres esplendorosas lucían trajes de ensueño galoneados de oro y pedrería.

Álvarez de Cañas es el inmigrante que siente que la vida tiene una deuda con él porque ha nacido en un medio inferior a su talento y, por tanto, no se priva de la satisfacción que le produce su triunfo. Sus fiestas de cumpleaños, que llegan a ser cubiertas por la revista norteamericana *Light*, lo muestran en el confort de su mansión junto a una torre de presentes en la que no faltan los obsequios del presidente y los hombres más prestigiosos de la nación. Pero no todo es lujo, frivolidad y derroche en la vida de este hombre que promociona el tabaco cubano en los más prestigiosos círculos internacionales y aparece sonriente con su habano encendido junto a las estrellas del naciente celuloide; también está el aspecto humano, desconocido e ignorado por la mayoría de los que sólo lo conocie-

ron a través de las páginas sociales y que la autora recoge y recrea por medio de estampas y agua fuertes en las que destaca una fina comicidad o un sabor ríspido, una almendra amarga.

Escrito con el postrer esfuerzo de su pluma, este libro de evocaciones y recuerdos de una época que hoy parece tan lejana, tropieza por momentos en la memoria de la autora con paisajes opacados por los años que, lejos de oscurecerlo, lo tornan más íntimo y cálido, dando al lector la sensación de «un viaje en tren entre montañas, un perfume que, poco a poco, se evapora y que, en ocasiones, se hace difícil recordar».

Casa de juegos, Daína Chaviano, *Planeta*, Barcelona, 1999, 192 pp.

La idea del «orgasmo como única libertad posible en un mundo abrumador», defendida por los seguidores de Sade y tan en boga en los años sesenta, torna de nuevo en esta novela de Daína Chaviano en donde la cama, como único sitio en el que «los preceptos de la dictadura son violados a ultranza», se presenta nuevamente como elemento subversivo contra una sociedad totalitaria.

Gaia, la protagonista del relato, es una universitaria habanera que, acongojada por la pérdida de su pri-

mer amor –un pintor aficionado a cazar jovencitas que en lúbricas sesiones le ha enseñado la tabla de multiplicar del amo– cae en lo que ella considera el pozo más profundo en el que puede ser arrojada una mujer, el de la frigidez, y, tratando de librarse de ese trauma, acude a una santera concedora de los arcanos de la magia que, por medio del arte de lanzar los cocos, le señala el camino de su liberación.

Gaia conoce entonces de la mano de un nuevo amante los laberintos de Eros, «el dios secreto de su isla, que ha marcado con su incontinencia a todos los habitantes de su tierra» y, guiada por un orisha protector, es conducida a la mansión encantada de los santos en donde, como una Alicia licenciada, experimenta sorprendida cómo los ocultos deseos de su subconsciente se hacen realidad.

Entregada a los lujuriosos dioses del panteón yoruba que encarnan los designios de su imaginación, Gaia, en medio de estrafalarias ceremonias que parecen tomadas de un sketch de Madonna, es atada, crucificada, flagelada, esquilada como un carnero y, finalmente, violada por Changó, conducida a juegos sáficos por Oshún y, lo que resulta más increíble, hincada de rodillas y obligada a realizar felaciones con la grifería del baño que, transfigurada de repente en un ser vivo, la somete a estos actos eróticos que ella recibe con gozosa servidumbre.

Pero esta mascarada sádica de la mansión encantada a la que la ha conducido su amante mediante ocultos artificios, tiene un propósito secreto que Gaya ignora y que, poco a poco, descubre con indignación, asombro y finalmente gratitud: se trata de revelarle los caminos secretos del sexo que, en una sociedad totalitaria, puede convertirse en un importante mecanismo de liberación. El erotismo al forzar sus límites, le explica su amante, se está revelando contra algo que puede derrotar, permitiendo de esta manera liberar las energías que antes eran empleadas en la inútil oposición al régimen.

El desenfreno sexual como elemento catártico que evita comprometerse a los espíritus libres y mantiene intacta su capacidad crítica, es lo que Gaia descubre en la mansión encantada de la mano de su amante, un macho resplandeciente que «rezuma vitalidad como un varón de las cavernas» y cuya cercanía transforma su alma y, con ella, al resto del universo.

Sade desnudó al hombre para ofender a la sociedad porque la sociedad ofendía al hombre. Daína Chaviano desnudando a la mujer y entregándola en una actitud ancilar al macho en una isla caribeña rodeada de ceremonias mágicas donde banquetes gastronómicos de mariscos y jugosas frutas que resaltan el pintoresquismo tropical van de la mano con las orgías sexuales, con-

sigue quizás lo contrario de lo que se propone pues termina exaltando la cultura homocéntrica hispanoamericana que, como lo ha señalado Uva de Aragón Clavijo y otros autores, es la raíz del militarismo, el caudillismo, el totalitarismo y otros males endémicos de nuestro continente.

Stradivarius penitente, Alejandra Rojas, Ollero & Ramos, Madrid, 1999, 387 pp.

No menos extraordinaria que la aparición de un ángel roñoso en un gallinero o la levitación de una adolescente hermosa que entre sábanas blancas sube al cielo, la irrupción en un caserío perdido de los Andes chilenos de un legendario violín Stradivarius acaba con la paz y la tranquilidad de la comarca, envolviendo sus habitantes en una saga amoroso-detectivesca que abarca siglos y generaciones.

Donado al municipio de Tejas Rojas por los descendientes de una familia de nazis o judíos, que huyendo de los horrores de la guerra ha ido a refugiarse a ese villorrio perdido de los Andes, el célebre violín, construido por Antonio Stradivarius en su casa de Cremona, se ha convertido en el alma y la vida de la comarca hasta el punto que su robo estremece los cimientos de la sociedad provinciana y envuelve a

sus habitantes en una urdimbre de intrigas y pasiones que llega a prolongarse incluso al más allá, a los confines de los reinos celestiales.

Emilio Rastelli, un detective atontado y meticuloso que rastrea el paradero del violín por toda la ciudad, y Agustín Muencke, un anciano ambicioso, maquiavélico y hemipléjico que cree haberlo comprado a los autores del hurto y mantenerlo oculto en su tienda de antigüedades, son los principales componentes de este duelo planteado como una irrisoria partida de ajedrez en la que los coqueteos y cándidos razonamientos de la enfermera que cuida del anciano, las ambiciones literarias de un boticario con ínfulas de periodista y los desafueros y arbitrariedades de un alcalde que conspira desde el poder para apoderarse del violín, terminan completando el decorado del relato que, deseando satirizar las costumbres, los manejos y pequeños horizontes provincianos, acaba por tornarse agobiante a fuerza de recalcar el estereotipo y el lugar común.

Dos son las direcciones en que podemos seguir la trastornante saga del Stradivarius: una realista e inmediata que relata los movimientos y celadas que realizan Muencke y Rastelli para usufructuar los beneficios del violín; y otra fantástica, ficcional, narrada por las páginas de *Stradivarius en el purgatorio* novela que Amador Román, el boticario, ha escrito sobre el origen del violín

y en la que su propio creador, Antonio Stradivarius, confinado en el purgatorio nos cuenta desde el más allá los avatares que ha sufrido su violín desde su creación hasta ir a parar a Tejas Rojas.

Se hace difícil determinar cuál de los dos relatos imbricados en la novela resulta más melodramático, el que relata las estrategias seguidas por Muencke para desorientar a Rastelli en medio del triángulo amoroso vivido por su enfermera con el detective y el boticario o el que por medio del dilatado monólogo ultraterreno de Antonio Stradivarius nos deja conocer el insólito itinerario del violín que, por manos de mártires y herejes, príncipes y gañanes, réprobos y elegidos, ha deambulado por las cortes europeas y los oscuros callejones de la miseria hasta ir a parar con su penitente melodía al villorrio perdido de Tejas Rojas.

Lo que sí está claro es que «la tendencia a yuxtaponer lo trágico y lo trivial como elemento de comicidad y lo hiperbólico y forzado de algunas situaciones» es un discurso que deja advertir claramente la huella de García Marquez que, por vía de Isabel Allende, tanto ha influido en la narrativa hispanoamericana de las últimas décadas y que, como lo ha señalado Helena Araujo en su lucido ensayo *Un mimetismo lucrativo*, a fuerza de ser copiado y remedado hasta la saciedad ha ido perdiendo su dimensión original y su capacidad reveladora.

Mala Junta, Mario Paoletti, Editorial de Belgrano, Buenos Aires, 1999, 197 pp.

«Cuando un hombre o un mundo envejece tiende a concentrar toda su atención en lo que ha vivido y es ya su pasado», señala Pedro Salinas en su prólogo a la obra de Marcel Proust, «y aunque ese pasado se le antoje a veces mera vanidad y vacío no por eso deja de aferrarse a él y de afanarse en conservarlo». Esto, quizás, es lo que acontece a Mario Paoletti en su novela *Mala junta* con la que el autor argentino cierra su tríptico novelado que narra la saga de los argentinos desde los años 30 hasta nuestros días.

En *Mala junta* cuatro compadritos exilados víctimas del *spleen* Europeo, de la nostalgia por la matemática justiciera de Marx, del reconcomio por las humillaciones sufridas en la cárcel y de la festiva desesperanza porteña, deciden juntarse de golpe en Madrid para planear los detalles de un magnicidio que reivindique su condición de desterrados y haga justicia a los crímenes cometidos por la dictadura militar. La víctima elegida para colmar este propósito no es otra que el general Videla, bautizado con jocosos desdén por el narrador con el remoquete de *el bigote*, y al que los conjurados pretenden eliminar como símbolo de dignidad y justicia de un pueblo vejado, torturado y ofendido.